

Musulmanes españoles

No les prestábamos mucha atención, aunque desde hace algún tiempo los musulmanes españoles de origen extranjero, junto con los inmigrantes indocumentados de la misma religión, eran ya más de medio millón (la mayoría marroquíes –suníes malekitas, nada radicales). Hay que añadir también que unos tres mil son españoles oriundos, convertidos al islam. De repente, tras las matanzas del 11-M, la sociedad española ha concedido importancia a la presencia de este colectivo. El problema socio-cultural de la inmigración parece juntarse ahora con el no menos grave del terrorismo.

Por su parte, los miembros de esta comunidad religiosa sienten que ahora se les mira con no poca prevención, como envueltos en una especie de sospecha colectiva. Los presuntos autores de aquellos salvajes atentados –que fueron enérgicamente rechazados por todas las asociaciones de musulmanes españoles– invocaron una ideología islamista, que, como tal ideología, se distingue de la religión islámica. De todas maneras, esta nueva situación vuelve a plantear el problema de las

relaciones entre los creyentes de religión musulmana y la sociedad española —en particular, el Estado.

El islam, religión de «notorio arraigo»

En abril de 1992, el Estado español firmó con la Comisión Islámica de España (CIE) un acuerdo considerado por algunos como el más avanzado de Europa, acuerdo que reconocía al islam el rango de religión de «notorio arraigo» en el país (junto con las confesiones católica, protestante y judía), pero no precisaba el capítulo de la financiación. Dicho acuerdo prevé la exención de impuestos de las mezquitas, la creación de cementerios propios o parcelas separadas en los municipales, reconocimiento a efectos civiles del matrimonio según el rito islámico y ajustado a la ley española, asistencia religiosa en hospitales, cárceles y Ejército, clases de religión en los centros educativos de primaria y secundaria, etc. La contrapartida a estos derechos reconocidos podía ser el control —en lo que al Estado compete— de las actividades de la comunidad islámica.

Doce años más tarde, la mayor parte de los artículos de aquel acuerdo no han sido desarrollados ni llevados a la práctica (sólo en Ceuta, Melilla y Madrid se enseña el Corán dentro del horario lectivo). El Estado culpa de esta situación a la falta de entendimiento entre las dos federaciones islámicas: la *Unión de Comunidades Islámicas de España* (UCIDE), a la que se le suponen vínculos con Arabia y los Hermanos Musulmanes —vínculos que ellos niegan— y la *Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas* (FEERI), en cuyo núcleo se encuentran conversos españoles de mentalidad moderna, relacionados con las cofradías marroquíes y con los sufíes (una rama mística del islam). Por su parte, estas asociaciones acusan a las distintas administraciones de «falta de voluntad política» y de ahorrarse el correspondiente presupuesto. Ello motivó, en octubre de 2000, la dimisión de Mansur Escudero, presidente de la FEERI. Las comunidades locales, en general, desconocen sus derechos y se organizan a su manera para financiar sus servicios.

De hecho, buena parte de los recursos que necesitan mezquitas y oratorios proviene del extranjero, sobre todo, al parecer, de Arabia Saudí. El sindicato ATIME (*Asociación de Trabajadores Inmigrantes Marroquíes en España*) denuncia que «la mayoría de los imanes que predicán aquí son wahabitas (la rama fundamentalista hoy dominante en Arabia, rama a la que pertenece el cabecilla de Al Qaeda, Osama bin Laden), adoctrinados y pagados en algunos países del Golfo» y atribuye a la dejación de funciones del Estado la actual expansión del wahabismo en España. La embajada saudí rechaza todas estas acusaciones, amparándose en que es la *Liga del Mundo Islámico* la que recoge y distribuye los fondos (pero es bien sabido que Riad ejerce un control prácticamente absoluto en dicha *Liga*). Sin embargo Bilal Quílez, uno de los fundadores de la FEERI, no tuvo empacho en declarar, hace cuatro años, que él reside habitualmente en Arabia Saudí y que ese país es uno de los que financian su Federación.

Por ello, cabe preguntarse si el Estado no debería abandonar su actual política de no-intervención y pasar a desarrollar los acuerdos de 1992, lo cual, además de incrementar el presupuesto de la secretaría de Asuntos Religiosos, le permitirá un cierto control sobre los imanes y, eventualmente, la exclusión de los que, en sus prédicas, incurran en «apología del terrorismo». Esto es algo que ya se viene haciendo en Francia (allí los musulmanes son en torno a cuatro millones). El pasado mes de abril, en el departamento francés de Hauts-de-Seine, se cerraron dos oratorios musulmanes por incitación a la violencia y, además, se ordenó la expulsión de un imán extranjero que defendía el derecho de los musulmanes a la poligamia y al uso de la violencia física contra las mujeres adúlteras.

Cierto que Arabia –por limitarnos a este país– no sólo no financia en su territorio a otras confesiones religiosas fuera del islam, sino que, además, prohíbe cualquier otro culto. Por ello, cabe cuestionar la indulgencia de trato y la estrecha alianza que los gobiernos de Occidente han mantenido con este país, uno de los que más gravemente conculcan los derechos humanos (poderoso caballero es don petróleo). Y al mismo tiempo es preciso recordar una obviedad:

Arabia no constituye nuestro modelo de sociedad; la nuestra está asentada sobre el principio de igualdad de todos los ciudadanos ante la ley. Sin embargo en el subconsciente colectivo subyace la convicción o la sospecha de que ayudar al islam es colaborar con el enemigo, cuando no fomentar el terrorismo.

Islam e islamismo

Tanto los islamistas violentos, sobre todo Al Qaeda, como la actual campaña liderada por los EE UU tienden a generalizar la imagen del enemigo. Al Qaeda habla de «*yihad contra judíos y cruzados*» y comete el evidente error de considerar a todos los cristianos y occidentales como enemigos del islam o del mundo árabe. Es una manera de intentar justificar el asesinato de tantas víctimas inocentes. En Occidente, el desconocimiento del islam y la ideología propagada por libros como *El choque de civilizaciones* van en la misma línea de ver en todo árabe o musulmán un quintacolumnista o un terrorista en potencia. Ahora bien, en la lucha contra el terrorismo —la que llevan a cabo las policías del mundo entero— el método eficaz no consiste en extender la sospecha a colectividades enteras, sino en aislar e identificar a los autores intelectuales y materiales de los delitos.

Por ello —y sobre todo por respeto a la verdadera identidad de cada persona— resulta de la mayor urgencia distinguir entre el islam, una de las grandes religiones, y el islamismo, una ideología política que, ocasionalmente, emplea métodos violentos. Hablar de «terrorismo islámico», además de falso e injusto, en la práctica impide identificar a los verdaderos terroristas.

En este sentido, el concepto de *yihad* (conocido entre nosotros como «guerra santa») constituye la fuente de los mayores equívocos. En la tradición islámica hay corrientes religiosas capaces de discernir entre un *yihad mayor*, entendido como esfuerzo espiritual para vencer las malas inclinaciones y llegar a la completa sumisión de la vida a Dios, y un *yihad menor* o «guerra santa». Los códigos de derecho islámico han

reglamentado esta última, y la tradición más moderada del islam tiende a entenderla en el sentido de una guerra defensiva cuando están en peligro la fe, el honor de la comunidad o la patria. A pesar de ello, el Corán invita, en general, a responder a una mala acción con una buena y a ser paciente en la adversidad, porque Dios está siempre con los perseguidos. Esto es lo que enseña la religión islámica en su forma más normal y moderada.

Sin embargo la historia y la actualidad nos informan de que muchas veces los musulmanes han practicado la guerra de conquista o la violencia terrorista en nombre de Alá. Ante este dato, los occidentales y los cristianos hemos de recordar que nosotros hemos hecho otro tanto en nombre del mismo Dios, ya sea en las cruzadas (por las que el actual papa pidió perdón) ya sea en la conquista de territorios «infielos para conducirlos a la verdadera fe». Más aún: nuestra Biblia contiene, en el Antiguo Testamento, textos de verdadero elogio de la violencia, unos textos que –también es preciso recordar– fueron radicalmente rechazados y superados por Jesús de Nazaret («se os ha dicho... pero yo os digo», Mateo 5, 38-48). A pesar de ello, la «cristiandad» –en su sentido político-religioso (concepto ajeno al Nuevo Testamento)– ha funcionado entre nosotros como una verdadera ideología política con la que se han justificado –y se siguen justificando– proyectos totalmente ajenos al Evangelio. También entre nosotros, religión e ideología se mezclan con excesiva frecuencia. Las religiones tienen aquí una considerable labor de poda que llevar a cabo.

El Corán no parece definir un sistema político determinado. Otra cosa son las diversas tradiciones nacidas de él. Entre ellas ocupa un lugar privilegiado y enormemente conflictivo la llamada *sharía*, un corpus de reglas jurídicas que emanan de la interpretación que se ha dado del Corán y de los hechos y dichos del Profeta, y que fue codificado con diversos matices por las escuelas jurídicas del islam. El problema se recrudeció cuando, tras los sucesivos fracasos militares frente a Occidente durante el pasado siglo, intelectuales modernos lanzaron sus eslóganes: «el islam es la solución» o «el Corán es nuestra Constitución». Nace así el reformismo que, radicalizado en sentido político

«fundamentalista», dará lugar al islamismo, una ideología que, por cierto, no ha sido capaz de ofrecer una alternativa creíble a las dictaduras laicas ni a las monarquías conservadoras. Por otra parte, la ausencia de un movimiento cultural comparable al de la Ilustración, impidió a aquellas sociedades dar el salto a la modernidad. Mientras tanto, Occidente apoyaba por regla general a las dictaduras, incluso cuando los islamistas llegaban al poder por métodos totalmente democráticos, como sucedió en Argelia a comienzos de los años 90 (el «islamismo municipal» turco es un modelo muy diferente). Y del islamismo ha brotado la nueva generación de los actuales «terroristas globales».

Terrorismo islamista

¿Por qué matan los islamistas violentos, como los que ocasionaron las matanzas del 11-S y del 11-M? ¿Cuál es la fuente de su odio y de su sed de destrucción? ¿Por qué practican ataques suicidas, cuando el suicidio está expresamente prohibido por el Corán? ¿Qué objetivo persiguen? La respuesta a todas estas preguntas no está en el Corán. Se trata, con toda evidencia, de minorías radicales, fanáticas y desesperadas, según los datos que vienen aportando tanto las investigaciones policiales como los trabajos de los sociólogos que se han ocupado de los jóvenes que se reislamizan en los barrios periféricos de las ciudades europeas. Son jóvenes desconectados de las comunidades islámicas tradicionales. Tampoco los atrae el GIA argelino sino ese objetivo más global y difuso que les ofrece Al Qaeda.

Por lo que se va sabiendo, de este substrato cultural procedían los miembros del «*Grupo Islámico Combatiente Marroquí*», presuntos autores de los atentados de Casablanca y Madrid. La evolución de Serhane Ben Adelmajid, «el Tunecino» (tras ocho años de estudios en Madrid, adoptó bruscamente una visión fanática de su religión y de la realidad) es sólo un ejemplo. De los autores de los atentados suicidas contra las Torres Gemelas de Nueva York puede decirse algo parecido: eran hijos de buenas familias occidentalizadas de Oriente Próximo hasta el punto de adoptar el binomio alcohol–discotecas, hicieron estudios técnicos en

Europa, y no tenían una especial formación en religión o cultura islámicas hasta que llevaron a cabo una experiencia de *born again* en una mezquita de Aquisgrán. Por ello, los sociólogos trabajan ya con la hipótesis de un nuevo «islamismo occidental europeo» que nace en un contexto de desinculturación y se fija en una conversión de protesta de cariz neofundamentalista y violento. Se trata de una «guerra santa» nada ortodoxa según la tradición legal islámica, pero que parece tener mucho atractivo en ciertos guetos europeos.

Su estrategia desesperada de «morir matando» se ha alimentado, desde la caída del imperio otomano y la colonización europea, con el resentimiento acumulado por la oposición occidental a los regímenes nacionalistas y progresistas árabes, la actual situación en Irak, Afganistán o Filipinas y, sobre todo, por el apoyo constante de EE UU a la violenta expulsión de los palestinos que persigue Israel desde su fundación.

Por una convivencia pacífica

Aunque de manera trágica y ambigua, el 11-M nos deja como mensaje que no podemos seguir ignorando a la importante minoría de nuestros conciudadanos musulmanes. Este reto tiene un relieve particular para los cristianos. «*Si en el transcurso de los siglos surgieron no pocas desavenencias y enemistades entre cristianos y musulmanes*», como recuerda el Vaticano II, este mismo concilio exhorta a ambas comunidades que creen en el mismo Dios a que «*procuren sinceramente una mutua comprensión y defiendan y promuevan para todos los hombres la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad*» («*Nostra Aetate*», 3). Ver la paja en el ojo ajeno no sirve de gran cosa si antes no se quita la viga del propio. Por ambos lados, deberíamos estar más atentos a limpiar nuestra religión de toda mezcla de ideología —ya sea de corte nacionalista, imperialista o revolucionario— que desfigura a la misma religión y la desvía de sus fines propios. Los increyentes acusan a las religiones de fomentar la violencia. Es tiempo de responder con hechos a esa acusación.

Los gobiernos, tanto occidentales como próximo-orientales, deberían abstenerse de invocar el nombre de Dios para cubrir sus propias ambiciones y su falta de argumentos basados en el derecho y la justicia, y habrían de practicar, dentro de sus fronteras, la igualdad de derechos entre todos los ciudadanos y el derecho internacional fuera de ellas. La paz, según el viejo proverbio, sólo puede ser fruto de la justicia. Porque la conculcación sistemática del derecho de los más pobres constituye una continua provocación a la violencia. No hay atajos para la paz ni para terminar con el terrorismo. «Matar moscas a cañonazos» con la llamada guerra preventiva, lejos de ser un atajo, alimenta la espiral de la violencia, como una vez más lo acaban de probar los hechos. Por ello, la tarea de limpiar nuestro subconsciente de ideologías con gérmenes de dominio y violencia no incumbe solamente a los creyentes sino a todos los ciudadanos y, muy en particular, a partidos y gobiernos. Y, dentro de nuestras fronteras, siempre tendremos que recordar que la culpabilidad de unos individuos determinados no contamina al grupo social o a la religión a la que éstos pertenecen. ■